

LA CONSTITUCIÓN EUROPEA Y EL PASADO CRISTIANO

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Alfonso López Quintás *

En una tertulia radiofónica reciente, varios escritores afirmaron, con la contundencia del que dice algo obvio, que tiene más interés discutir, en los foros comunitarios, cuestiones económicas perentorias que «ciertas cuestiones teóricas que a nadie interesan, por ejemplo la necesidad de aludir a las raíces cristianas de Europa en la futura Constitución de la Unión Europea». Si se analiza este tema con cuidado, se descubre que no es una cuestión meramente teórica, sino eminentemente práctica, ya que tiene una incidencia decisiva en la cultura europea.

Es ineludible tratar con hondura esta cuestión, pues sólo entonces veremos que reconocer en el Preámbulo de dicha Constitución el papel decisivo jugado por el cristianismo en la configuración del espíritu y las instituciones de Europa tiene un alcance muy superior al mero reconocimiento de un dato histórico sólo vigente en el pasado. Sabemos por la actual *Filosofía de la Historia* que pertenece a nuestra condición de seres humanos *vivir históricamente*, y esto no se reduce a llevar una existencia decurrente, circunstancia que también afecta a los animales. *Vivir históricamente* significa que los hombres de cada generación asumen las posibilidades creativas que les han transmitido las generaciones anteriores, crean nuevas posibilidades y se las transmiten a las generaciones más jóvenes. *Transmitir* se dice en latín *tradere*, de donde procede *tradición*. Para abrirnos al futuro, debemos estar fecundamente vinculados al *pasado histórico*, visto rigurosamente, no como lo ya sido, sino como aquello que sigue ofreciéndonos posibilidades para vivir creativamente. Hoy, los hispanos no podemos hablar sin estar conectados vivamente a los griegos,

* Sesión del día 16 de diciembre de 2003.

latinos y árabes, que nos transmiten su sabiduría a través de sus lenguas. Dices «entusiasmo», y estás participando de la teoría griega del ascenso a *lo divino*, que para los griegos significaba *lo perfecto*. Un cúmulo de sabiduría nos viene dado en esa palabra, considerada en todo su alcance. Aceptar activamente el pasado histórico no es fruto de una nostalgia romántica, de un afán de conservar el legado de nuestros mayores. Es una medida indispensable para ser creativos en el presente.

Desde que San Pablo dio el salto de Asia a Europa, en su primer viaje a Grecia, la fe cristiana abrió a los europeos horizontes nuevos que decidieron su orientación cultural y espiritual. Por ejemplo, les inspiró un concepto claro preciso y vivo de *la trascendencia*, o, más exactamente, del *Ser Supremo* que *trasciende* todo lo creado y no presenta un carácter abstracto y difuso sino concreto, incluso personal.

Este concepto de trascendencia dio lugar a un nuevo canon en estética y en ética, y determinó el sentido profundo de la vida religiosa. La idea de trascendencia, unida a la fe de infinitud, enriqueció la experiencia estética con el concepto de lo *sublime*, ajeno al mundo griego, atendido al canon de la *proporción* y la *medida* o medida. El criterio de bondad ética ya no viene dado por el *justo medio* —como en Grecia— sino por la perfección absoluta del Ser Infinito, considerada por el Señor como la medida de nuestra conducta: «¡Sed perfectos —dijo Jesús— como vuestro Padre celestial es perfecto!». De una forma o de otra, este nuevo horizonte abierto al hombre determinó la marcha de todas las vertientes culturales, entendiendo la cultura como el fruto de la relación creativa del ser humano con la realidad circundante.

El arte europeo no se entiende sin el influjo del cristianismo, no sólo en cuanto a sus temas sino, sobre todo, en cuanto a su espíritu. Es sintomático lo que sucedió en el albor mismo de la arquitectura sacra, cuando los cristianos de Roma asumieron como base de la construcción de sus iglesias, no el Panteón romano —de planta circular y espíritu *estático*—, sino los salones nobles llamados *basílicas*, y los transformaron de modo que prevaleciera la directriz horizontal, que orienta la vista de los creyentes hacia el altar del sacrificio y les hace vivir *dinámicamente* su espíritu de peregrinos que marchan hacia la verdadera patria.

La música europea nace con el canto gregoriano, que recoge la técnica musical griega de los ocho modos, y la pone al servicio de una mentalidad trascendente, heredada de la sinagoga hebrea y cultivada fervorosamente en el monacato cristiano. Del gregoriano se deriva el canto trovadoresco y la polifonía sacra, que —unida a otros elementos culturales— contribuirá decisivamente a la formación del estilo barroco, el clasicismo vienés, el romanticismo... Estudiemos las últimas raíces de las obras cumbre de Schütz, Bach, Beethoven, Mozart y Wagner, y veremos latien-

do en ellas el espíritu cristiano. Se dice que el *Don Giovanni* mozartiano es la ópera más perfecta de todos los tiempos. Ciertamente, se da en ella una integración inigualable de fondo y forma. Pero la raíz última de su genialidad, lo que la torna sobrecogedora se da en su escena final cuando entran en confrontación los tres niveles de realidad y de conducta: el nivel «estético» —en sentido kierkegaardiano— de la entrega a las sensaciones placenteras (representado por Don Juan), el nivel ético de la creación de vínculos personales comprometidos y el nivel religioso del respeto incondicional al Ser Supremo (ambos encarnados en la figura del Comendador). Sin la versión profunda al Ser trascendente, esa escena cumbre perdería ese punto de grandeza que la eleva al plano de lo excepcional.

Las grandes creaciones literarias europeas nacieron en un clima abierto activamente al horizonte sobrenatural. No podemos entender a fondo esas cimas que son —entre muchas otras— *La divina comedia* de Dante, *El burlador de Sevilla* de Tirso de Molina, *El Quijote* de Cervantes, el *Fausto* de Goethe, *Los hermanos Karamazof* de Dostoievski sin la orientación de las gentes hacia un mundo superior, trascendente y cercano al mismo tiempo, tal como se nos revela en la figura del Verbo Encarnado.

Incluso la gran ciencia cultivada por Europa con éxito espectacular se hizo posible en buena medida gracias a la idea que nos transmitió el cristianismo —bien apoyado aquí en la tradición judaica— de que el mundo fue creado por un Dios personal trascendente. El mundo finito está muy vinculado a su Creador pero es distinto de él; merece inmenso respeto pero no es algo sacro que resulte profanado si lo sometemos a algún tipo de análisis o experimentación. Más bien, el hombre tiene el encargo del Creador de poblar el mundo y dominarlo, es decir, convertirlo en un lugar de habitación y encuentro. El hombre, en consecuencia, se distancia del mundo para conocerlo y perfeccionarlo, no para alejarse de él y destruirlo.

El conocimiento de las leyes del universo viene posibilitado en principio por la creencia de que el mundo fue creado de forma ordenada, sometida a leyes, y por eso expresable en lenguaje matemático. Lo indica el gran científico y humanista Albert Einstein en este sugestivo párrafo: «*Aunque es cierto que los resultados científicos son enteramente independientes de cualquier tipo de consideraciones morales o religiosas, también es cierto que justamente aquellos hombres a quienes la ciencia debe sus logros más significativamente creativos fueron individuos impregnados de la convicción auténticamente religiosa de que este universo es algo perfecto y susceptible de ser conocido por medio del esfuerzo humano de comprensión racional. (...) De no haber estado inspirados en su búsqueda por el amor dei intellectualis de Spinoza, difícilmente hubieran podido dedicarse a su tarea con esa infatigable devo-*

ción, la única que permite al hombre llegar a las más encumbradas metas» (cfr. Heisenberg y otros, *Cuestiones cuánticas*, Kairós, Barcelona, 1987, pág. 170). Obviamente, quien mantuvo viva en Europa esa conciencia lúcida del carácter finito-creatural del universo fue el Cristianismo. Basta recordar la figura señera de Johannes Kepler.

Descubrir ese nexo profundo del cristianismo y la historia del proceso de constitución del espíritu europeo requiere una voluntad firme de penetrar en los estratos donde se fraguan las grandes corrientes culturales. Por eso resulta penoso que el Presidente de la comisión encargada de redactar la Constitución de la Unión Europea sólo cite como fuentes de nuestra cultura a Grecia, Roma y la Ilustración. Deja de lado nada menos que toda la Patrística y la Edad Media, a quienes debemos —entre otros muchos dones— la transmisión viva y creadora de la mejor cultura grecolatina y árabe. Suele decirse que Descartes es el padre de la modernidad. Pero el auténtico Descartes no puede ser entendido sin conocer a fondo la Edad Media y el nexo de la razón humana con la trascendencia divina. Recuérdese su obra básica: *Meditaciones de prima philosophia*. De ese Descartes abierto a la trascendencia religiosa dependerá después el mejor Fichte y otros eximios pensadores europeos. Cuanto más se estudia el pensamiento europeo, más claramente se advierte que es suicida prescindir del pensamiento cristiano.

Lo que procede hoy día no es olvidar ese pensamiento, sino purificarlo de malentendidos, incrementarlo hasta desarrollar todas sus virtualidades. No acabamos de lamentar las desventuras que provocó en Europa el hecho de que algunas figuras determinantes de su destino hayan tenido una idea precaria de lo que es y significa la vida religiosa cristiana. Basta pensar en Hegel y Marx. ¡Qué rumbo tan distinto hubiera tomado Europa si esas mentes privilegiadas hubieran dispuesto de un conocimiento aquilatado del Cristianismo! La renovación de Europa habrá de venir por vía de ahondamiento en sus raíces cristianas, no de ataque a las mismas. Es hora de movilizar la inteligencia y purificar la voluntad para ver y reconocer esto con la debida lucidez y decisión.

Resulta, por ello, difícilmente creíble que ciertos grupos sigan empeñándose en privar a los escolares de un estudio serio de la vida religiosa. A veces se achaca esta tendencia a un espíritu sectario. Tal vez sea más bien cuestión de ignorancia, unida a cierta indiferencia respecto al papel que juega la educación en el futuro de la sociedad. Si los niños y los jóvenes desconocen la religión cristiana y su historia, no podrán adentrarse en el maravilloso mundo de las artes plásticas, la arquitectura, la música, la literatura, la Historia, incluso la ciencia, radicalmente entendida. Esta penosa exclusión del mundo cultural supone una regresión calamitosa. A ella se

debe, en no pequeña medida, la llamada «catástrofe antropológica» que muy lúcidos pensadores están delatando en la actualidad.

El vendaval ideológico que vació en buena medida a Occidente de grandes valores, sobre todo el valor supremo encarnado por el Creador, explica la amarga decepción de lúcidos intelectuales de Europa oriental. «Nos unimos los países libres, los países de Europa occidental —escribe uno de ellos—, y vemos una civilización sometida a la divisa: *Vivamos como si Dios no existiera*. Y se nos anima a aceptar ese estilo de vida como pasaporte para Europa»¹. «En este contexto hay que recordar el concepto de *homo sovieticus*, nacido en la Unión Soviética. Es la hipótesis de una catástrofe sin salida, pues esta deformación monstruosa del hombre tenía como meta su sumisión completa, para hacerle incapaz de ser libre, de vivir para los demás, de tener una vida espiritual propia y de rebelarse. La hipótesis ha resultado ser falsa en su punto principal: el hombre ha conservado su relación con la Trascendencia»².

A veces se intenta justificar esa actitud ante la religión afirmando que ésta es un asunto *privado*, por ser *interno* de cada persona. Parece ignorarse que lo externo y lo interno se vinculan estrechamente cuando se vive de modo creativo. Un saludo, una interpretación musical, una comida de amigos... son actos internos y externos a la vez. Hoy nos enseña la mejor Antropología filosófica que *la persona humana crece comunitariamente, participando en estructuras comunitarias y colaborando a crear otras nuevas*. No tiene sentido afirmar que la Religión se vive en la interioridad, y la política en la exterioridad. Tal distinción tiene valor cuando se aplica a realidades materiales, sometidas al espacio. Respecto a una sala, o estoy dentro de ella o estoy fuera. Se trata, efectivamente, de un dilema. Pero, cuando oigo activamente una obra musical ¿cabe decir con sentido que estoy *fuera* de ella? De ningún modo, pues, en el nivel de la creatividad, lo interior y lo exterior se integran.

Nada más importante que reconocer en el pórtico de la Constitución europea que tenemos un *pasado cristiano*, entendido el término «pasado» en el sentido de fuente inagotable de energía para configurar en el presente una forma de vida auténticamente creativa. En este momento decisivo de la configuración de una nueva Europa, necesitamos tener una idea clara del tipo de hombre que deseamos configurar. Pues bien. Tal configuración estuvo durante siglos determinada por la vinculación efectiva y fecunda de los europeos con el Ser trascendente. No se trata, pues, de aludir a los orígenes cristianos de Europa para hacer una concesión amable a las

¹ Cfr. *El horizonte de la libertad. En camino hacia la nueva Europa*, Ciudad Nueva, Madrid, 1994, pág. 31.

² Cfr. *op. cit.*, pág. 32.

Iglesias cristianas. Lo decisivo es aclarar si nos decidimos a asumir todas las posibilidades que nos vienen del pasado cristiano en orden a orientar la vida europea hacia la trascendencia divina. Bien sabido que no se trata de cualquier tipo de ascenso a lo sobrenatural, sino justamente del modo concreto y preciso de ascenso que proclama y vive el cristianismo.

Podemos decidir los europeos lo que deseemos en orden a incluir a Dios en la Carta Magna que ha de configurar nuestra vida, en todas sus vertientes. Pero hemos de estar bien seguros de que la apertura cristiana a la Trascendencia divina no es una gracia que hayamos de hacer al Cristianismo y a las Iglesias cristianas. Es una herencia excelsa que hemos recibido de la tradición cristiana y bien haremos en no rechazarla si queremos mantener incólume nuestra capacidad creadora en todos los órdenes. A ello alude el eminente científico y humanista Werner Heisenberg en este inspirado párrafo:

«Nadie sabe lo que el futuro encierra, ni cuáles serán las fuerzas espirituales que regirán el universo, pero está fuera de duda que no lograremos sobrevivir si no sabemos creer en algo y querer algo. Y desde luego queremos que la vida espiritual reflorzca en nuestro alrededor. (...) Queremos que nuestros jóvenes, a pesar del confuso torbellino de los hechos externos, se sientan iluminados por la luz espiritual del Occidente, y que ella les permita hallar de nuevo las fuentes de vitalidad que han nutrido a nuestro continente a lo largo de dos milenios» (cfr. *La imagen de la naturaleza en la física actual*, Ariel, Barcelona, 1976, pág. 56).